



LECTIO DIVINA

Domingo de Ramos a Miércoles santo
Del 14 al 17 de abril de 2019



"Los que mueren en cruz..."

DOMINGO, 14 DE ABRIL DE 2019

DOMINGO DE RAMOS

Estar cerca de Jesús, en silencio.

Oración introductoria

Señor Jesús, te entrego este momento de mi vida e inspira en mi alma las actitudes correctas para entrar en el misterio de tu pascua con la mejor disposición.

Petición

Dios mío, renueva en mí la fe en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro. Amén.

Lectura del libro de Isaías (Is. 50,4-17)

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo (Sal 21,2a.8-9.17-18a.19-20.23-24)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (Flp. 2,6-11)

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y

una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas (Lc. 22,14–23,56)

En aquel tiempo, los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas llevaron a Jesús a presencia de Pilato. No encuentro ninguna culpa en este hombre

C. Y se pusieron a acusarlo diciendo

S. «Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey».

C. Pilatos le preguntó:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. El le responde:

+ «Tú lo dices».

C. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente:

S. «No encuentro ninguna culpa en este hombre».

C. Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto.

C. Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo:

S. «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí».

C. Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió. Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio

C. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas

acusándolo con ahínco. Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí.

C. Pilato, después de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo:

S. «Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré»

C. Ellos vociferaron en masa:

S. «¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás».

C. Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio. Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!».

C. Por tercera vez les dijo:

S. «Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré».

C. Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

C. Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

+ «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: "Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezarán a decirles a los montes: "Caed sobre nosotros", y a las colinas: "Cubridnos"; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?».

C. Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:

+ «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

C. Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte.

C. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo:

S. «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido».

C. Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo:

S. «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo».

C. Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:

S. «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros».

C. Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía:

S. «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada».

C. Y decía:

S. «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

C. Jesús le dijo:

+ «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

C. Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:

+ «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

C. Y, dicho esto, expiró.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa

C. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo:

S. «Realmente, este hombre era justo».

Releemos el evangelio

San Romano el Melódico (?-c. 560)

compositor de himnos

Himno 32

“Bendito el que viene como rey”

Cristo, que eres Dios, que vas montado sobre tu trono en el cielo, y aquí abajo, sobre un borrico, acogías la alabanza de los ángeles y el himno de los niños que te aclamaban. “Bendito eres, tú que vienes a llamar de nuevo a Adán”... Aquí está nuestro rey, dulce y pacífico, montado sobre el pollino, que viene presuroso para sufrir su Pasión y borrar los pecados.

El que es el Verbo, montado sobre un animal, quiere salvar a todos los seres dotados de razón. Y sobre la espalda de un borrico se podía contemplar a aquel que lo llevan los Querubines y que antaño elevó a Elías montado en un carro de fuego, a aquel que “siendo rico se hizo pobre” voluntariamente (2C 8,9), a aquel que escogiendo la debilidad da la fuerza a todos los que le aclaman: “Bendito eres tú, que vienes de nuevo a llamar a Adán”... Manifiestas tu fuerza escogiendo la indigencia... Las vestiduras de los discípulos eran una señal de indigencia, pero según la medida de tu poder eran el himno de los niños y la concurrencia de la multitud que gritaba: “Hosana –es decir: sálvanos, pues- tú que resides en lo más alto de los cielos.

Tú, el Altísimo, salva a lo humillados. Ten piedad de nosotros por consideración a nuestras palmas; los ramos que se agitan removerán tu corazón, a ti que vienes de nuevo a llamar a Adán”... Oh criatura, hechura de mis manos, respondió el Creador..., soy yo mismo quien ha venido. La Ley no te podía salvar puesto que no era ella quien te había creado, ni los profetas que, igual que tú, eran mis criaturas.

Sólo yo puedo liberarte de esta deuda. Por ti he sido vendido, y te devuelvo la libertad; por tu causa he sido crucificado, y así tú escapas de la muerte. Muero, y te enseño a aclamar: “Bendito eres tú, que vienes de nuevo a llamar a Adán”. ¿Acaso he amado tanto a los ángeles? No, es a ti,

el miserable, a quien he querido. He escondido mi gloria y yo, el Rico, deliberadamente me hice pobre, porque te amo mucho.

Por ti he pasado hambre, sed y fatiga. Buscándote he recorrido montañas, valles y cañadas oscuras, mi oveja perdida; he tomado el nombre de cordero para atraerte por mi voz de pastor y llevarte al buen camino, y por ti quiero dar mi vida y así arrancarte de las garras del lobo. Todo lo soporto para que tú puedas aclamar: “Bendito eres tú, que vienes de nuevo a llamar a Adán”.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Han cambiado: esa semilla sembrada por el diablo ha empezado a crecer. Se levantaron, lo echaron, entraron en esta actitud de manada: no eran personas, eran un grupo de perros salvajes que lo echaron fuera de la ciudad. No razonaban. Jesús callaba. Lo llevaron al borde de la montaña para tirarlo. “Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó”. La dignidad de Jesús: con su silencio vence esa multitud salvaje y se va.

Porque no había llegado todavía la hora. Lo mismo sucederá el Viernes Santo: la gente que el Domingo de Ramos había hecho fiesta por Jesús y le había dicho “Bendito Tú, Hijo de David”, decía “crucifícalo”: habían cambiado. El diablo había sembrado la mentira en el corazón, y Jesús guardaba silencio. Esto nos enseña que cuando está esta forma de actuar, de no querer ver la verdad, queda el silencio. El silencio que vence, pero a través de la cruz. El silencio de Jesús.» *(Homilía de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2018).*

Meditación

El Domingo de Ramos, que comienza la Semana Santa, está marcado simultáneamente por la entrada de Jesús en Jerusalén y la narración de su pasión y muerte. La liturgia, uniendo estos dos acontecimientos temporalmente distintos en una sola celebración, parece querer eliminar de nuestras mentes cualquier malentendido sobre el triunfo de Jesús: Él, es

cierto, entra en Jerusalén acogido como un rey por una muchedumbre que lo aclama; pero inmediatamente añade, con la narración de la pasión, que es un rey diferente de los reyes de este mundo: reina desde un trono que no es como el de los palacios de reyes; no gana con ejércitos o pactos, ni se afirma a sí mismo con un grupo de presión grande y fuerte de su grupo.

Jesús mismo aclara este malentendido que surgió entre los discípulos en la misma tarde del Jueves Santo. Volviéndose sobre sí mismos, y por lo tanto insensibles al drama que Jesús estaba experimentando, comenzaron a discutir quién de ellos era el más grande. Jesús les dijo con infinita paciencia: «Los reyes de los paganos los dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores.

Pero ustedes no hagan eso, sino todo lo contrario: que el mayor entre ustedes actúe como si fuera el menor, y el que gobierna, como si fuera un servidor.» (*Lc 22, 25-26*). No eran sólo palabras de conveniencia; unas pocas horas fueron suficientes y Jesús llevó estas declaraciones a sus consecuencias extremas en su carne.

Por otra parte, la historia de la Pasión parece muy lineal: hubo un buen hombre que habló del Evangelio, tanto en la pobre e infame Galilea como en la capital Jerusalén; y muchos se apresuraron a escucharle. En un momento dado, los poderosos decidieron que había hablado demasiado y que muchos le estaban escuchando; entonces tomaron la decisión de silenciarle; encontraron a un amigo suyo que les señaló el lugar a donde solía ir: un jardín a las puertas de Jerusalén.

Esa noche se quedó allí con los suyos, lo aprendieron y lo llevaron ante las más grandes autoridades: Pilato, el representante del mayor imperio del mundo, y Herodes, el astuto rey y líder religioso. Pero ambos no querían asumir ninguna responsabilidad por ese hombre. La multitud, que sólo había gritado «hosanna» cinco días antes, empezó a gritar «crucifícalo, crucifícalo», y Pilato no supo evitarlo. Ese hombre, después de haber sido vestido, satíricamente, con la ropa del rey, fue torturado, abofeteado, coronado de espinas; luego fue conducido fuera de la ciudad

(incluso para nacer tuvo que encontrar un establo fuera de Belén) hacia una pequeña colina, llamada Gólgota, y fue clavado en una cruz, con dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda.

En esa cruz, ese buen hombre murió. Se llamaba Jesús y venía de Nazaret. No hace falta mucho para decir que esa muerte fue injusta. La muerte como pena, después de todo, nunca está bien, incluso después de los peores crímenes; pero es realmente fácil decir que la muerte de ese hombre fue verdaderamente injusta. Los que escuchan la historia de esta muerte, con un poco de corazón, están conmovidos y apenados: ese buen hombre tuvo que sufrir tanto y morir en la cruz, sólo porque habló del Evangelio y dijo que era el Hijo de Dios.

Al final de la lectura de la *Pasión*, cada uno de nosotros se siente afligido y arrepentido y se siente tentado a decir: «Yo no lo habría hecho», o a justificarse: «No soy Pilato, no soy Herodes, ni siquiera Judas...»; además, se puede confesar la propia impotencia ante la cobardía de Pilato y la crueldad de los sumos sacerdotes. Pero también está Pedro; no es el peor de los discípulos; de hecho, si no es el mejor, es sin duda el más importante, al que Jesús confió la mayor responsabilidad. Pedro tiene una gran idea de sí mismo, es orgulloso, incluso susceptible. Se ofende cuando Jesús le dice que lo traicionará: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo incluso a la cárcel y a la muerte», responde.

Sin embargo, una mujer es suficiente para derribar todo. Fue el encuentro con la mirada de Jesús lo que liberó a Pedro: «El Señor, volviéndose, miró a Pedro. Pedro se acordó entonces de las palabras que el Señor le había dicho» (*Lc 22, 62*).

Los cristianos, nosotros, no somos héroes; somos como todos los demás; pero si nuestros ojos cruzan los ojos de ese hombre que va a morir, nosotros también recordaremos las palabras del Señor y seremos liberados de nuestros temores. Es la gracia de esta semana; poder estar cerca de aquel hombre que sufre y muere para poder cruzar su mirada.

Oración final

Dios omnipotente y eterno, que has dado como modelo a los hombres a Cristo tu Hijo, nuestro Salvador, hecho hombre y humillado hasta la muerte de cruz, haz que tengamos siempre presente la gran enseñanza de su Pasión para poder participar en la gloria de su Resurrección. Por Cristo, nuestro Señor.

LUNES, 15 DE ABRIL DE 2019

Un amor sobreabundante

Oración introductoria

Señor, encomiendo mi vida a tu misericordia. Tú sabes cuántas dificultades tengo a lo largo de mi vida. Te pido, Madre mía, que me ayudes a tener una fe como la tuya.

Petición

Dios mío, ayúdame a ser un amigo fiel de tu Hijo

Lectura del libro de Isaías (Is. 42,1-7)

Así dice el Señor: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. Esto dice el Señor, Dios, que crea y despliega los cielos, consolidó la tierra con su vegetación, da el respiro al pueblo que la habita y el aliento a quienes caminan por ella: «Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te he formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los

ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo (Sal 26,1.2.3.13-14)

El Señor es mi luz y mi salvación.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 12,1-11)

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?». Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: - «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis». Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Releemos el evangelio

San Bernardo (1091-1153)

monje cisterciense y doctor de la Iglesia

Sermón 12 sobre el Cántico de los Cánticos

Derramar a los pies de Cristo el perfume de la compasión

Os he hablado ya de dos perfumes espirituales: el de la contrición, que se extiende a todos los pecados –cuyo símbolo es el perfume que la mujer pecadora ha derramado a los pies del Señor: “Toda la casa quedó llena de su olor”; y hay también el de la devoción, que encierra todos los beneficios de Dios... Pero hay un perfume que va mucho más allá de estos dos; lo llamaré el perfume de la compasión. Está compuesto, en efecto, de los tormentos de la pobreza, de las angustias en que viven los oprimidos, de las inquietudes de la tristeza, de las faltas de los pecadores, es decir, de todo el dolor de los hombres, incluso de nuestros enemigos.

Estos ingredientes parecen indignos y, sin embargo, el perfume que ellos desprenden es superior a todos los demás. Es un bálsamo que cura: “Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7). De esta manera, pues, una gran cantidad de miserias reunidas, bajo una mirada compasiva, pasan a ser esencias preciosas... ¡Dichosa el alma que se ha preocupado de proveerse de estos aromas, de derramar el aceite de la compasión y cocerlos con el fuego de la caridad!

¿Quién os parece que es este hombre “dichoso que se apiada y presta” (sl 115,5), inclinado a la compasión, dispuesto siempre a socorrer a su prójimo, más contento cuando da que cuando recibe? ¿Quién es este hombre que perdona ampliamente, que resiste a la cólera, que no consiente a vengarse, y en todas las cosas mira como propias las miserias de los otros?

Cualquiera que sea esta alma impregnada del rocío de la compasión, con el corazón desbordante de piedad, que se hace todo a todos, que para ella misma no es sino como un jarro resquebrajado que no es capaz de

guardar nada, esta alma que ha muerto a ella misma y vive únicamente para el otro, tiene el gozo de poseer este tercer perfume que es el mejor.

De sus manos destila un bálsamo infinitamente precioso (cf Ct 5,5) que no dejará de derramar en la adversidad y que el fuego de la persecución no será suficiente para que se seque. Porque Dios se acordará siempre de sus sacrificios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La cena de Betania es preludio de la muerte de Jesús, bajo el signo de la unción que María hizo en honor del Maestro y que él aceptó en previsión de su sepultura. Pero también es anuncio de la resurrección, mediante la presencia misma del resucitado Lázaro, testimonio elocuente del poder de Cristo sobre la muerte. Además de su profundo significado pascual, la narración de la cena de Betania encierra una emotiva resonancia, llena de afecto y devoción; una mezcla de alegría y de dolor: alegría de fiesta por la visita de Jesús y de sus discípulos, por la resurrección de Lázaro, por la Pascua ya cercana; y amargura profunda porque esa Pascua podía ser la última, como hacían temer las tramas de los judíos, que querían la muerte de Jesús, y las amenazas contra el mismo Lázaro, cuya muerte se proyectaba.

En este pasaje evangélico hay un gesto sobre el que se centra nuestra atención, y que también ahora habla de modo singular a nuestro corazón: en un momento determinado, María de Betania, "tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos". Es uno de los detalles de la vida de Jesús que san Juan recogió en la memoria de su corazón y que contienen una inagotable fuerza expresiva. Habla del amor a Cristo, un amor sobreabundante, pródigo, como el unguento "muy caro" derramado sobre sus pies. Un hecho que, sintomáticamente, escandalizó a Judas Iscariote: la lógica del amor contrasta con la del interés económico.» (*Homilía de S.S. Benedicto XVI, 2 de abril de 2007*).

Meditación

En este Evangelio lo que más hace eco en un cristiano, es ese gesto de caridad que tiene María con Jesús, de enjugarle los pies con un perfume súper fino, que seguramente sería costoso y que con sacrificios habría comprado.

Es hermoso preguntarnos a la luz del Espíritu Santo, ¿qué tipo de perfume es el que yo ofrezco a Jesús? Quizás es un perfume con una frescura de fe, de amor y esperanza en Cristo. O bien un perfume que tiene egoísmo, soberbia, sensualidad, falta de sacrificio.

Te invito, a que unjas al Señor con esa ofrenda diaria antes de comenzar tu día ordinario, así como lo hizo María.

Oración final

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mí vida,
¿quién me hará temblar? *(Sal 26)*

MARTES, 16 DE ABRIL DE 2019

Consolar para ser consolado

Oración introductoria

Dios mío, Tú, has estado siempre junto a mí. En mis momentos de dificultad y sufrimiento Tú has venido a consolarme, a darme fuerzas. Ahora eres Tú quien me pide a mí, pobre pecador, venir a consolarte y a hacerte compañía en este momento de tribulación, en este momento en el cual todos los demás te han abandonado.

Petición

Ayúdame a entender Señor, que la fidelidad no es otra cosa que la obediencia pronta a todas las llamadas de tu gracia a mi corazón.

Lectura del libro de Isaías (Is. 49,1-6)

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos: El Señor me llamó desde el vientre materno, de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: - «Tú eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré». Y yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas». En realidad el Señor defendía mi causa, mi recompensa la custodiaba Dios. Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios. Y mi Dios era mi fuerza: - «Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo (Sal 70,1-2.3-4a.5-6ab.15.17)

Mi boca contará tu salvación, Señor.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 13,21-33.36-38)

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: -«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: -«Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: - «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él

Satanás. Entonces Jesús le dijo: - «Lo que vas hacer, hazlo pronto». Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: -«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"» Simón Pedro le dijo: -«Señor, ¿a dónde vas?». Jesús le respondió: -«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Pedro replicó: -«Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: -«¿Con que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Releemos el evangelio

San Romano el Melódico (?-c. 560)

compositor de himnos

Las negaciones de Pedro

Buen pastor que has dado tu vida por tus ovejas (Jn 10,11), apresúrate, tú, el santo, salva a tu rebaño... Después de la cena Cristo dijo: «Hijos míos, mis amados discípulos, esta noche me negaréis todos y huiréis» (cf Jn 16,32). Y como todos estaban sobrecogidos de estupor, Pedro exclamó: «Aunque todos te nieguen, yo no te negaré. Yo estaré contigo, contigo moriré gritándote: ¡Apresúrate, tú el santo, salva a tu rebaño!». «¿Qué dices, Maestro? ¿Negarte yo? Abandonarte yo y huir? ¿Y tú llamada, y el honor que me has hecho, no me acordaré de ello?

Todavía me acuerdo de cómo me lavaste los pies, y ¿ahora dices; 'Me negarás'? Todavía te veo acercarte a mí trayendo tú una jofaina, tú que sostienes la tierra y llevas el cielo contigo. Con estas manos con las cuales

he sido modelado acabas de lavar mis pies, ¿y declaras que caeré y ya no te gritaré más: Apresúrate, tú el santo, salva a tu rebaño?»...

A estas palabras, el creador del hombre respondió a Pedro: «¿Qué es lo que me dices, Pedro, amigo mío? ¿Que tú no me negarás? ¿Que tú no me rechazarás? Tampoco yo lo quiero, pero tu fe es tambaleante, y no resistirás las tentaciones: ¿Te acuerdas cuando estuviste a punto de ahogarte si yo no te hubiera tendido la mano? Porque caminabas sin tambalearte por encima del agua, pero tan pronto como dudaste empezaste a hundirte (Mt 14,28s).

Entonces corrí hacia ti que gritabas: ¡Apresúrate, tú el santo, salva a tu rebaño! «Desde ahora te digo: antes que cante el gallo, me traicionarás tres veces y dejando que, como las olas del mar, te golpeen por todas partes y sumerjan tu espíritu, me negarás tres veces. Tú, que antes habías gritado y ahora llorarás, ya no encontrarás mi mano para dártela como la primera vez: me serviré de ella para escribir una carta de perdón a favor de todos los descendientes de Adán.

De mi carne que ves haré de ella un papel, y de mi sangre la tinta para escribir en ella el don que distribuyo sin dilación a los que me gritan: ¡Apresúrate, tú el santo, salva a tu rebaño!»

Palabras del Santo Padre Francisco

«Judas el Iscariote, otro elegido por el Señor que vende y entrega a su maestro a la muerte. David el pecador y Judas Iscariote siempre estarán presentes en la Iglesia, ya que representan la debilidad que forma parte de nuestro ser humano. Son iconos de los pecados y de los crímenes cometidos por personas elegidas y consagradas. Iguales en la gravedad del pecado, sin embargo, se distinguen en la conversión. David se arrepintió, confiando en la misericordia de Dios, mientras que Judas se suicidó.

Para hacer resplandecer la luz de Cristo, todos tenemos el deber de combatir cualquier corrupción espiritual, que es peor que la caída de un

pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que “el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz”. Así acabó sus días Salomón, mientras el gran pecador David supo remontar su miseria» (*Discurso de S.S. Francisco, 21 de diciembre de 2018*).

Meditación

Jesús profundamente conmovido...

Seguramente en algún momento de nuestras vidas hemos experimentado abandono, soledad o incluso, por qué no, traición, y con gran dolor si ésta ha sido causada por una persona querida o cercana a nosotros. Cuánto sufrimiento provoca el abandono o la traición de la persona en la que teníamos puesta tanta confianza. Jesús, en la noche de la última cena con sus discípulos, sintió este abandono, esta traición, de aquellos a los que Él más amaba.

Apoyarse en el corazón de Cristo.

Normalmente somos nosotros los que acudimos a Dios en momentos difíciles para que Él nos consuele; en nuestros momentos de tribulación solemos recurrir al Padre para que nos tome en sus brazos y nos susurre al oído: «No te preocupes, todo saldrá bien.» Sin embargo, ahora es Dios mismo quien quiere ser consolado; Dios, quien no necesita de nadie ni nada, se ha despojado de su omnipotencia y omnisuficiencia para que le podamos abrazar y consolar.

Sólo consolando a Dios podemos encontrar nuestra propia consolación; sólo compartiendo los sentimientos de Aquel que ha dado la vida por nosotros seremos capaces de dejar atrás nuestros pecados, traiciones y abandonos. Sólo apoyándonos en su pecho podremos sentir ese corazón que tanto nos ama y que derramaría hasta la última gota de

sangre por nosotros. Sólo conmovidos por tal amor consolaremos la fuente de toda consolación.

Oración final

Porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías. *(Sal 70)*

MIÉRCOLES, 17 DE ABRIL DE 2019

*Nos hiciste para Ti y nuestro corazón
está inquieto hasta que descanse en ti.*

Oración introductoria

Jesús mío, te escojo a Ti una vez más para que seas mi felicidad.
Mírame, Señor, para que haga la experiencia de cuánto soy amado.

Petición

Jesucristo, te suplico esta Semana Santa, la gracia de la conversión de corazón.

Lectura del libro de Isaias (Is. 50,4-9a)

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Tengo cerca a mi

defensor, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos. ¿Quién tiene algo contra mí? Que se me acerque. Mirad, el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?

Salmo (Sal 68,8-10.21-22.31.33-34)

Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 26,14-25)

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?» Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?» Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos."» Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.» Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?» Él respondió: «El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido.» Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?» Él respondió: «Tú lo has dicho.»

Releemos el evangelio

Beato John Henry Newman (1801-1890)

teólogo, fundador del Oratorio en Inglaterra

Meditaciones y Devociones, Parte III, 2, 2, § 15

“Uno de vosotros me va a entregar”

Cuando se separó de su madre, Jesús escogió amigos humanos - los doce apóstoles - como si deseara poner en ellos su amistad. Los escogió, dice, para ser "no servidores, sino amigos" (Jn 15,15). Los hizo sus confidentes; les confió cosas que no dijo a otros. Quería favorecerlos, mostrarles toda su generosidad, como un padre hacia sus hijos preferidos. Por lo que les reveló, les colmó más que a los reyes, los profetas y los sabios de la Antigua Alianza.

Les llamó "sus hijitos" (Jn 13,33); para conferirles sus dones, los prefirió "a los sabios y a los entendidos" de este mundo (Mt 11,25). Manifestó su alegría y les permitió que se quedaran con Él en sus pruebas (Lc 22,28), y como signo de reconocimiento, les anuncia que se sentarán en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (v. 30). Encontró consuelo en su amistad en la cercanía de su prueba suprema. Se reunió con ellos en la última Cena, como para ser sostenido por ellos en esta hora solemne. "He deseado enormemente, les dice, comer esta pascua con vosotros antes de padecer" (Lc 22,15). Había pues entre el Maestro y sus discípulos un intercambio de afecto, una amistad profunda. Pero su voluntad era que sus amigos lo abandonaran, lo dejaran solo - una voluntad verdaderamente digna de adoración.

Uno le traicionó; el otro renegó de Él; el resto huyó, dejándolo en manos de sus enemigos... Estuvo sólo cuando pisó el lagar. Sí, Jesús todopoderoso y bienaventurado, invadido en su alma por la gloria de su naturaleza divina, quiso someter su alma a todas las imperfecciones de nuestra naturaleza. Así como se había regocijado de la amistad de los suyos, aceptó la desolación de su abandono. Y cuando lo quiso, escogió privarse de la luz de la presencia de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cuál es la última palabra que Jesús dirige a Judas, precisamente en el momento de la traición. Judas, amigo. Cuando precisamente Judas iba a entregarlo, Él le dice “amigo”, le recuerda esto. Porque Él es fiel. El Señor no dice: “Vete porque tú te has alejado de mí. Vete”. ¡No! Él hasta el final es fiel a este don que nos ha dado a todos: el don de la amistad. Como consecuencia, Jesús es nuestro amigo. Y Judas, como dice aquí, fue a su nueva suerte, por su destino que él eligió libremente, se alejó de Jesús. Y este alejarse de Jesús se llama apostasía. Un amigo que se convertía en enemigo o un amigo que se convierte en indiferente o un amigo que se convierte en traidor. El Señor no reniega, sino que hasta el final Él está allí: “Judas, amigo”. Hasta el final. Y esto nos debe hacer pensar». (*Homilía de S.S. Francisco, 14 de mayo de 2018, en santa Marta*).

Meditación

«¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?» Qué fuerte es escuchar las palabras saliendo de los labios de Judas. Lo vemos muy lejos de nosotros, pero el hecho es que nosotros, también, muchas veces estamos en el lugar de Judas. Y podría sonar como un «cliché» pues seguramente lo has escuchado innumerables veces, pero es una realidad profundísima de la fe: cuando se escoge o se rechaza a Cristo, estamos, igual que Judas, tomando una decisión sobre el Dios Vivo.

El mundo y la sociedad actual constantemente nos está ofreciendo recompensas a cambio de Cristo. El mundo está constantemente susurrándonos que, si le entregamos a Jesús, nos va a dar la felicidad. Y a veces podría parecer que el mundo tiene razón.

Pero ¿qué significa entregar a Cristo? Significa entregar la fuente más profunda de nuestra felicidad plena porque nosotros fuimos creados para amar y ser amados, pero no con un amor cualquiera sino con un amor infinito... un amor de Dios. Nuestro corazón está sediento de ese amor y sólo Él lo puede saciar. Podríamos tener el mundo a nuestros pies, pero si no tenemos aquello para lo cual fuimos creados, no tenemos nada.

Podríamos no tener nada, pero si lo tenemos a Él, lo tenemos todo.

Tantas veces ya hemos fallado y hemos hecho este cambio, esta traición. Pero debemos recordar que hay dos maneras de reaccionar ante el fallo a Jesús, como Judas o como Pedro. Busquemos siempre la mirada de Jesús en esos momentos en que le hemos fallado, para experimentar esa mirada que nos perdona, nos ama y nos sana.

Oración final

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.
Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor,
y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos. (Sal 68)